

## **I Domingo de Cuaresma, Ciclo A**

### **Nuestra débil condición**

*"En aquel tiempo Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo". San Mateo, cap. 4.*

Juan Jacobo Rousseau nos dijo en "El Emilio" que cada uno de nosotros es totalmente bueno. Pero enseguida la sociedad nos corrompe. Federico Nietzsche nos asegura que somos plenamente malvados. Parece que el filósofo alemán exagera un poco las tintas.

La verdad de todo esto se encuentra en un término medio. Somos personas con inmensa capacidad para el bien pero, a la vez, con amplias posibilidades de mal. Nuestra vida es como una película en la cual el mismo personaje se desempeña como héroe y como criminal.

El evangelio nos presenta a Cristo tentado en el desierto por el diablo. Los evangelistas describa tres tentaciones diversas que equivalen a otras tantas circunstancias peligrosa en la vida de cualquier mortal. Coyunturas en las que nos sentimos impulsados a abrazar el mal, apartándonos de Dios.

Convertir las piedras en pan significa vivir a ras de tierra. sin cultivar ideales superiores. Arrojar desde el pináculo del templo equivale a aparentar lo que no somos. Es hacer de la vida una comedia para evitar compromisos y responsabilidades. Arrodillarse ante el demonio es renunciar a la propia dignidad, dejarnos corromper, y entronizar en el corazón el ídolo de turno.

A veces la tentación no presentará unos perfiles definidos. Nos sentiremos empujados, no tanto a realizar lo ilícito cuanto a romper unos moldes, a quebrar una marca de libertad, a afirmar nuestra autonomía, para compensarnos de ciertas frustraciones inconscientes.

A veces desconocemos la tentación, pues nos dejamos llevar de todo impulso. Pero enseguida el remordimiento nos hará comprender que obramos mal.

A otros, como en el caso de Jesús, la tentación no los conducirá al pecado. Pero siempre será una prueba, una cruz, una angustia, una atracción de polos distintos, una pesada oscuridad.

Tentados de diversas maneras y conscientes de nuestra débil condición, sentimos un deseo tenaz de abandonar nuestra vida ordinaria, nuestras ocupaciones y correr al desierto. Pero por extraña coincidencia, allí fue donde Cristo se encontró con el mal.

Ese desierto es nuestra propia intimidad, nuestra personal soledad. Rilke nos dice: "No es que el hombre esté solo. Es que sencillamente es solitario". Por eso los acontecimientos más solemnes de nuestra historia transcurren siempre en nuestro desierto interior.

Sin embargo, desde nuestra pobreza, podemos invocar al Padre de los Cielos con una antigua oración de la liturgia: "Señor, en el conflicto sé para nosotros ayuda, descanso en el camino, sombra en la canícula, abrigo en el frío y en la lluvia, vehículo en el cansancio, refugio en la adversidad y en el naufragio puerto seguro".

**Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y**